[illegible]

LOS DULCES DE LA BODA,

LOS DULCES DE LA BODA.

LOS DULCES DE LA BODA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el Teatro Español, el 24 de Octubre de 1871.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRA. HIJOSA.
LUISA	STA. MENDOZA TENORIO.
FEDERICO	SR. MARIO.
LORENZO	OSSORIO.
DON PACO	ALISEDO.
DON MARIANO	JOVER.
RODRIGUEZ	GARCÍA.
JARDINERO	MARCOTI.

1er apte
E. Cabello
Córdoba 81.

Antequera 9 de 1881

ACTO PRIMERO.

Una sala modestamente amueblada: ventana al foro con persianas, macetas y una jaula; á la derecha del espectador una cama con cortinas y mosquitero. En medio del teatro una mesa. Á la izquierda, en el foro, la puerta de entrada. Puertas laterales. Al levantarse el telon Rodriguez está poniendo la mesa para almorzar. Debe aparecer y desaparecer segun vaya buscando los platos, la botella, etc.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGUEZ.

(Cantando.) Diez años despues de muerto
y de gusanos comío
san de encontrar en mi cuerpo
señas de haberte querío
diez años despues de muerto.

(Se va y vuelve con unos platos y vuelve á cantar.)

Maresita del Socorro,
que andando sola en el monte

me perdí sín saber cómo...
(Vuelve á marcharse y vuelve á entrar con un frutero, botella, etc.) Me parece que no se quejará el amo; su par de huevos, su jamon de la Alpujarra, su vinillo de la tierra, sus naranjas frescas, eh? digo! No sé! (Vuelve á salir y entra con los platos de postre.) Su racion de queso, y uvitas del amor, por aquello de que uvas y queso saben á beso. Á ver si viene de mal humor y lo encuentra todo malo. (Sacudiendo con la servilleta.) Eh! Fuera, mosca! Por vía é las moscas... (Va á sentarse á un lado con la servilleta al hombro, saca un cigarrillo y lo enciende.) Ay, madre madre, qué condenada vida esta! (Encendiendo y cantando.)

Ay, madre madre,
confesion que me muero,
llame usté á un fraile.

(Echando una bocanado de humo.) Aaaah! Cuándo se morirá uno bien gordo!—Mucho tarda mi amo.—Vaya un dia de ejercicio. Dios se asa po esas calles. (Suena la campanilla muy fuerte.) Hola, ya está ahí. (Apaga el cigarro con el zapato.) Si en poniéndome yo á echar un pitillo, ya se sabe. (Se mete la colilla detrás de la oreja. Vuelve á sonar la campanilla mucho más fuerte.) Atiza! Qué prisa trae! (Va corriendo á abrir.)

ESCENA II.

FEDERICO, RODRIGUEZ.

Federico entra muy de prisa. Viene de uniforme, cubierto de polvo, con polainas. Apenas entra, tira el ros sobre cualquier mueble.

FED. Cuidado que eres pesado! Uf! Qué calor! Trae un vaso de agua! (Rodriguez va corriendo por el agua y vuelve en seguida con ella. Federico se desabrocha la levita precipitadamente. Va á una cómoda que hay á la izquierda del espectador, y saca de un cajon un abanico ordinario. Se hace aire. Bebe el agua que le

da Rodriguez.) Aaaah. Está muy buena.—Vaya una mañana que nos han dado. Este coronel tiene unas ocurrencias divinas. Reniego del ejercicio... Tira. (Á Rodriguez para que le quite la levita. Se queda en mangas de camisa.) Ajá! Esto ya es otra cosa! Ha venido álguien?

ROD. No, señor.

FED. Ha habido cartas?

ROD. Ninguna.

FED. Cómo que no?

ROD. No ha venido el cartero.

FED. Y por qué no ha venido el cartero, vamos á ver?

ROD. Yo no sé, mi teniente.

FED. Pues yo debia tener hoy carta de mi casa. Anda, quítame las polainas. (Va á sentarse á una butaca; Rodriguez se arrodilla delante de él y comienza á quitarle las polainas.) Vaya un verano! (Abanicándose.) Yo no pude figurarme que en Granada haria este calor. Si lo sé pido el pase á Galicia.—Acabarás, hombre?

ROD. Sí, señor; en seguida.

FED. Verdad es que entónces no la hubiera conocido. La acabo de ver. Ha salido al balcon en cuanto ha oido la charanga. Qué mujer, Dios mio, qué mujer!—Ay! Mira que te pego un puntapié. Acabas ó no?

ROD. Ya está.

FED. Me parece á mí que te voy á enviar al cuartel y voy á buscar quien me sirva mejor.

ROD. Pero mi teniente...

FED. Vamos, el almuerzo!

ROD. Cuando usté quiera.

FED. Qué hora es?

ROD. Las doce y media.

FED. Dime, Rodriguez.

ROD. Mande usted!

FED. Qué te encargué yo anoche?

ROD. (Rodriguez se rasca la cabeza.) Pues...

FED. Vamos á ver qué cuenta das de la comision. Te acuerdas de lo que te dije?

ROD. Sí señor que me acuerdo.
FED. Bien y qué?
ROD. Pues ná, que he estao allá.
FED. Vamos por partes, Rodriguez, vamos por partes. Te dí una carta.
ROD. Sí señor, y me dijo usté: dice, «Rodriguez, es menester que esta carta llegue á manos de una señora que vive en un cármen que hay á orillas del Darro yendo desde aquí, como quien tuerce á la mano.»
FED. Exactamente. Qué más te dije?
ROD. Pues me dijo usté: «Rodriguez, si logras entregar la carta mañana mismo y me traes la respuesta, te doy un duro... en cuanto lo tenga.»
FED. «Pero si no lo sabes hacer...
ROD. «Te pego una paliza que te vuelvo loco.»
FED. Eso es... Me alegro que tengas buena memoria.
ROD. Pues verá usté.
FED. Vamos á ver.
ROD. Verá usté, mi teniente. Miste que se va á enfriar el almuerzo. (*Federico se levanta y va á sentarse á la mesa. Rodriguez se pone cerca de él con las manos en los bolsillos.*) Pues señor, como usted me dijo anoche que era menester hacer la cosa con albelidá y enterarse de qué familia es aquella y de si la jembra quié música ó no la quiere, y en fin, lo que hay que saber en estos casos, cojo esta mañana y me levanto temprano, y jala, jala, jala, me planto enfrente de la puerta de la casita.
FED. Es un cármen pintado de amarillo, eh?
ROD. Cabal. Serian como las seis de la mañana, y yo dije: aquí habrá una criá, y aquí harán la compra como en toas partes. Por cuánto no se me ocurre asomar la jeta asina por un boquete que tiene la tapia y empieza á ladrar una perra que hay en la casa, que si me descuido se me quea con las narices.
FED. Ah! Hay un perro?
ROD. Perra, mi teniente; que en cuanto me vió se me echó á la cara... vamos, señor, una cosa grande!

FED. Mal enemigo para de noche. (Mascando.)

ROD. Mu malo. Pus señor, al poco rato sale la criá, una chica rubia, no es maleja; y yo empiezo á decirle flores y me voy con ella, hasta que la trinco así por la cintura...

FED. Y qué?

ROD. Me soltó una bofetá, María Santísima, qué bofetá!

FED. Eso no importa. Le diste la carta?

ROD. Yo le diré á usté.

FED. La tomó?

ROD. No señor.

FED. Ah, no?

ROD. Dice que ni por cincuenta mil duros lleva ella una carta á la señorita.

FED. Por qué?

ROD. Porque la señorita no quiere.

FED. Luego tendrá otro novio?

ROD. Yo creo que sí.

FED. ¡Ah! Crees que sí? Ya te estás marchando al cuartel! (Levantándose.) Largo!

ROD. Pero señor...

FED. Maldita sea la... (Pausa.) Ven acá, Rodriguez, ven acá. (Se sienta á la mesa.)

ROD. Señorito.

FED. Dímelo todo.

ROD. Pero no se enfade usté.

FED. No me enfado. En resúmen; la carta se ha quedado sin entregar.

ROD. Como que está aquí. (Enseñándosela.)

FED. Pero habrás apurado todos los medios.

ROD. Toos. Es que en aquella casa no entra naide, ni por escrito siquiera.

FED. ¿Qué dijo la criada? ¿Qué cuenta de su ama? Qué sucede allí? Habla, hombre!

ROD. Voy, voy. Dice que su ama es viuda.

FED. ¡Viuda!

ROD. Mi teniente, yo no tengo la culpa.

FED. Si es que me alegro! Sigue, sigue.

ROD. Sa quedao viuda hace poco. Es muy jóven y no quiere trato con naide. Vive con una sobrina.

FED. Ah!

ROD. Una sobrinita que le han traido de Madrid. En la casa no habita naide más que la tia, la sobrina y amenistraor.

FED. Un administrador! Conoces tú al administrador?

ROD. Sí señor.

FED. Es jóven?

ROD. Le faltan cinco minutos pa un siglo.

FED. Bendita sea tu boca. No sabes el peso que me has quitado de encima. (Vuelve á sentarse.)

ROD. La tia y su sobrina paese que no se llevan muy bien.

FED. Y por qué?

ROD. Porque como son casi de la misma edad, hay sus piques y sus cosas... La soltera tiene un novio y la otra no quié que lo tenga. La viuda no quié tener ninguno porque la otra no diga; y paese que la viuda quiso á uno y le salió mu rematao, en fin, historias!

FED. Pero hombre, de qué te sirve ser soldado si no sabes meterte en el cármen, entregar una carta, traer la respuesta y darle un abrazo á la criada?

ROD. Señorito, que no pué ser. Usté cree que no he entrao ya en el cármen?

FED. Ah, sí?

ROD. ¡Bah! En cuanto dejé á la criá en la plazuela.

FED. ¿Con quién hablaste?

ROD. Cou el jardinero.

FED. Y ese tampoco...

ROD. Tampoco.

FED. Te ha visto álguien?

ROB. La viuda, que estaba regando unos tiestos en la ventana.

FED. Y qué dijo?

ROD. Que me fuera.

FED. Y tú?

ROD. Me fuí.

FED. Y ella?

ROD. Se quedó.

FED. Y qué te ha parecido á tí la viuda?

ROD. Buena mujé, mi teniente, buena mujé!

FED. Guapa, eh?

ROD. Guapa de verdá.

FED. Dame un abrazo, hombre! (Le da un abrazo.) Tienes mucho talento.

ROD. (Vamos, está *guillao!*)

FED. Dájame solo. Llévate eso. No quiero ver á nadie. Oyes?

ROD. Está muy bien.

FED. Voy á dormir la siesta. Á las cuatro me llamas.

ESCENA III.

FEDERICO.

Viuda! Jóven! Rica tal vez! Qué más quieres, Federiquito, qué más quieres? Qué cosa tan rara es el amor! Yo que tan poco caso he hecho de él, que he tenido cien novias y no he querido á ninguna; que me he divertido tanto... y ahora... ahora no me divierto, no señor. Estoy de guardia y me paso el dia haciéndole versos. Salgo de casa y sin poderlo remediar me voy á pasear por enfrente del cármen, donde ella vive. Me acuesto y no duermo, duermo y sueño con ella...! qué voz secreta es esta que me dice. «ámala y conságrale tu vida?» Me he vuelto sombrío y ántes era alegre y calavera. Vivo ensimismado, me agrada la soledad... qué me importa la soledad si tengo todo un mundo en el corazon? Un mundo que á mí me parece que yo solo debo habitar?... es decir, yo solo... con ella... Se llama María... así se llama mi madre. (Pausa.) Y el insúfrible de mi tio, empeñado en que me case con esa niña madrileña... Por cierto que... Rodriguez.

ESCENA IV.

FEDERICO, RODRIDUEZ.

ROD. Señó.
FED. No ha estado ahí mi tio?
ROD. No, señor.
FED. Bueno; vete.

ESCENA V.

FEDERICO.

Casarme yo con una muchacha á quien no podria querer... verdad que es muy rica, pero... Señor, cómo haria yo para llegar hasta María. Esto es pretender llegar al cielo, pero no me parece cosa imposible. Qué hermosa es! (Va á acostarse.) María... Ay, mi María... (Dándose una bofetada.) Diablo de mosquitos!

ESCENA VI.

RODRIGUEZ.

(Entra de puntillas y comienza á llevarse el servicio del almuerzo. Habla en voz muy baja.) No he visto nunca á mi amo tan encantusao. Si el querer vuelve loco á los hombres! (Se va y vuelve, siempre de puntillas.) Buena muje! Buena de veras. Vale la pena de ponerse malo! (Se va y queda la escena unos instantes en silencio.) Ea, najensia, Rodriguez. Dejarle que duerma.

ESCENA VII.

RODRIGUEZ, LORENZO.

Mientras queda la escena sola, suena la campanilla. Se oye á Rodriguez disputar con otra persona en el pasillo. Aparece Lorenzo en el umbral de la puerta.

LOR. Quita de ahí, hombre!

ROD. Miste que ma dao órden de que no le despierte.

LOR. Bueno, bueno, es igual.

ROD. Pero señó...

LOR. Quítate de en medio! Dónde está! Salazar! eh! Salazar!

ROD. (¡Miste que es grande esto!)

LOR. Eh! (*Acercándose á la cama.*) Chico! Arriba! Que hay aquí un amigo antiguo! Chico; Salazar! Vaya un sueño pesado. (*Á Rodriguez.*) Eh, tú, trae un jarro de agua!

ROD. Yo!

LOR. Vengo desde Madrid, deseando abrazarle. Despierta, hombre! Vamos!

FED. Eh! Qué es eso, quién es?

LOR. Quién ha de ser, tu amigo Lorenzo!

FED. ¡Calle! Lorenzo!

LOR. Jé, jé, jé! (*Se inclina y le da un abrazo. Quédase sentado á los piés de la cama.*)

FED. Pero eres tú, hombre?

LOR. La pregunta es buena. No lo ves?

FED. De dónde sales?

LOR. De Madrid. Acabo de llegar. Ahí detrás viene el equipaje. Hay aquí sitio para mí? Ya sabes que yo me acomodo en cualquier parte. Viviremos juntos.

FED. Sí, hombre; ya lo creo. (*Lorenzo se quita el ros y el cinturon, y los deja sobre la cómoda.*)

LOR. Necesito de tí, traigo un asunto endiablado... hombre, bien. (*Dice esto viendo sobre la cómoda el queso que dejó Rodriguez. Lo coge y se lo come. Va á sentarse encima de la cama.*)

FED. Vaya, vaya, quién habia de pensar que eras tú... aaaah! (*Bostezando.*) Soñando estaba yo.

LOR. Dichoso tú que sueñas. Yo estoy trinando.

FED. Continúas tan tronera?

LOR. Qué, hombre!

FED. Cuántos desafíos has tenido desde el año pasado?

LOR. Dos, chico. Á tu amigo Álvarez le he roto la cabeza.

FED. De veras?

LOR. Así mismo. Se empeñó en darme tormento, y si se descuida, lo *majo*.

FED. Seguirás tan opulento.

LOR. No tengo una peseta.

FED. Já, já, já!

LOR. Y me alegro, porque así me libro de pagar una porcion de cosas.

FED. Siempre el mismo.

LOR. Siempre!

FED. Conque has herido á nuestro amigo?

LOR. Y á otro señor, por la misma razon.

FED. Por alguna mujer.

LOR. Sí señor. Le hacian el oso á mi novia.

FED. Continúas tan enamorado.

LOR. Estoy más enamorado que nunca. Por eso vengo á Granada.

FED. Sí, eh?

LOR. Vengo con licencia. Han traido aquí á mi novia para que yo no la vea, y yo... me he venido detrás.

FED. Pero hombre!

LOR. Nada, nada, no quieren que la vea, y yo he de poder más que todo el mundo.

FED. Y quién es ella?

LOR. Una muchacha preciosa.

FED. Cómo se llama?

LOR. Luisa.

FED. Y está aquí?

LOR. Aquí la han traido con su tia.

FED. Con su tia?

LOR. Sí.

FED. Dónde vive?

LOR. En un cármen, á orillas del Darro.

FED. ¿Eh?

LOR. En un cármen, á orillas del Darro.

FED. Chico!

LOR. Y voy á ver si cargo con la tia y con la sobrina.

FED. Aguarda, hombre, aguarda. (Se levanta apresuradamente.)

LOR. Qué demonios te pasa?

FED. Lorenzo, hace muchos años que somos amigos.

LOR. Desde que íbamos á la escuela.

FED. En el colegio, en el regimiento, en campaña, de guarnicion, en todas partes nos hemos ayudado mútuamente.

LOR. Bien, y qué?

FED. Yo te quiero á tí.

LOR. ¡Cierto!

FED. Tú me quieres á mí.

LOR. Verdad.

FED. Tú tienes una novia.

LOR. Sí.

FED. Yo tengo otra.

LOR. Bien hecho.

FED. Tú eres valiente.

LOR. Pero...

FED. Yo soy decidido.

LOR. Pero chico!

FED. Y...! Dame un abrazo, hombre, dame un abrazo!

LOR. Á ver, machacante! (Entra Rodriguez.) Anda á llamar al médico, que tu amo está malo.

ROD. Que está usté malo?

FED. Anda á paseo, imbécil! Ven acá, querido Lorenzo. En ese cármen, donde vive tu novia, tengo yo un pedazo de mi corazon.

LOR. Tú?

FED. Yo mismo.

LOR. ¡Hombre!

FED. Vamos á ver, qué planes son los tuyos?

LOR. Los míos? Qué sé yo! Casarme con Luisa aunque se oponga el mundo. No lo querrás creer, pero estoy decidido á casarme. Figúrate; una muchacha angelical, educada á la antigua, bonita, discreta; un encanto, chico, una monada. Sus padres se han empeñado en que yo soy un calavera, en que no tengo juicio; ya ves tú, yo que soy tan pacífico—por supuesto, que si cojo al padre lo meto en la pared!!

FED. Sigue.

LOR. Pues nada, no quieren que me case con ella. La muchacha me quiere mucho... y para ver si me olvida, se la han traido á Granada. Yo que lo he sabido, he pedido un mes de licencia, y aquí me tienes.

FED. De modo que piensas verla.

LOR. Ya lo creo! Hoy mismo.

FED. Te advierto que ese cármen es un castillo.

LOR. Pues lo tomaré por asalto.

FED. No es fácil.

LOR. Te has olvidado ya de cuando estábamos en Valencia y subiamos hasta el cuarto segundo...

FED. ¡Ejem! ejem!

LOR. Qué, no estamos solos? Te acuerdas de la farmacéutica... jé jé!

FED. Pues lo que es en Granada te llevas chasco...

LOR. Dime lo que sepas.

FED. En el cármen no entra nadíe.

LOR. Es de veras?

FED. Hay una tapia.

LOR. La salto.

FED. Y un administrador.

LOR. Me lo administro.

FED. Y una perra.

LOR. Eso de la perra es mas grave.

FED. En fin, tú veras. Por mi parte, te ayudo... yo tambien quiero colarme en la casa..

LOR. Y por qué quieres tú?

FED. Porque yo tambien amo.

LOR. Serás mi rival?

FED. No, hombre, no.

LOR. Es que te mato!

FED. Que no! Yo amo á la tiita...

LOR. Ah... Es guapa, eh?...

FED. Y jóven, y bonita. Vamos á ver qué hacemos.

LOR. Quieres dar un escándalo?

FED. Hombre, por Dios.

LOR. Nada, no hay más que hablar. Esta noche, saltamos la tapia, entramos en la casa, nos llevamos á las mujeres, matamos al administrador y nos comemos la perra!

FED. (*Tirándose sobre un sofá apretándose los ijares y riendo á carcajadas.*) Já! já! já! já! já! já! Divino, chico, divino! Eres el mismo de siempre.

LOR. ¿Quieres?

FED. Já! já! já!

LOR. Yo estoy resuelto á todo!

ESCENA VIII.

DICHOS, RODRIGUEZ.

ROD. Mi teniente, ahí está su tio de usted.

FED. Canario, basta de broma, Lorenzo. Pongámonos graves.

LOR. Tu tio?

FED. Sí, mi tio Paco, un coronel retirado, tutor mio...

LOR. Oyes, traerá dinero?

FED. Ya lo creo! como que es muy rico.

LOR. Pues vamos á darle un avance. Pídele un par de miles de reales, y si no te los da lo tiramos por el balcon.

FED. Calla, hombre, calla.

ESCENA IX.

FEDERICO, LORENZO, D. PACO.

PACO. Hola, buenos dias; qué tal va por aquí?

FED. Querido tio! Vamos, traiga usted el sombrero.

PACO. Deja. Servidor. (*Saludando á Lorenzo.*)

LOR. Servidor de usté. (Yo he visto esta cara en otro cuerpo.)

PACO. (Qué hará aquí este pájaro.) Dime, este oficial se llama Leon? (*Ap. á Federico.*)

FED. Lorenzo Leon, sí señor, un íntimo amigo mio.

PACO. Hombre, lo siento mucho. (*Se sienta.*) Conque qué tal, qué tal?

FED. Reventado, tio. Hemos tenido ejercicio y he vuelto molido.

PACO. Si no valen ustedes para nada! En mis tiempos un oficial no se cansaba nunca.

LOR. (La manía de todos los viejos.)

FED. Usted sabe el calor que hace?

PACO. Verdad que sí. Yo no sé en qué consiste, en mis tiempos no hacia este calor; pero así y todo, yo lo resisto bien. Ya ves la hora que es y he cruzado la poblacion de lado á lado. Vengo de ver á la señorita de Anduri.

LOR. La señorita de Anduri? (Acercándose.)

FED. La señorita de Anduri? (Disgustado.)

PACO. Sí; hace diez dias que está en Granada.

LOR. Y usted la conoce?

PACO. Ya lo creo!

FED. (Malhaya!...)

LOR. Se lo digo á usted porque á mí me interesa mucho saber...

PACO. Si eh? Pues mire usted, jóven, esa señorita se va á casar.

LOR. Lo sabe usted de seguro? (Provocativo.)

PACO. Pues no lo he de saber si he sido yo quien ha arreglado la boda?

LOR. Usted? (Este hombre quiere que lo mate!) Usted?

PACO. Sí señor, yo.

LOR. Hombre, y me podria usted decir con quién se casa?

PACO. Jé! jé! Ya lo creo.

LOR. Con quién!

PACO. Con este. (Poniéndole la mano en el hombro á Federico.)

LOR. Eh? (Pasa al lado de Federico.) Con que tú?...

FED. Lorenzo, no lo creas.

LOR. Cómo que no lo crea?

PACO. Cómo que no lo crea?

LOR. Eso era lo que querias tú buscar en el cármen del Darro, eh? (Amenazador.)

FED. Te repito...

LOR. Pues mira, Federico, yo lo siento mucho, pero te voy á pegar un tiro.

FED. Te repito que no lo creas.

PACO. Y yo le repito á usted lo dicho. Y si usted tiene la bondad de dejarnos un momento, voy á hablar de esto con mi sobrino.

FED. Déjanos. No temas nada.

LOR. Que no tema, eh?

FED. Te doy mi palabra de honor, de que puedes estar tranquilo.

LOR. Bueno. Cuenta con ella!

FED. Vamos, anda, y no seas niño! (Lorenzo se va despacio, volviéndose á mirar á D. Paco muchas veces. Este le mira riéndose.)

ESCENA X.

D. PACO, FEDERICO, LORENZO.

PACO. Sentémonos, Federico. (Mientras se sientan, vuelve á salir Lorenzo y se dirige rápidamente hácia D. Paco, que está de espaldas á él, y en ademan de darle un puñetazo. Federico, que le ve, le hace un gesto imponente que le detiene, y se vuelve á marchar diciendo.)

LOR. (Este viejo... corre peligro!)

ESCENA XI.

FEDERICO, D. PACO.

PACO. Sobrino, ha llegado el momento de que hablemos con toda formalidad.

FED. Tio...

PACO. Déjame hablar!

FED. Hable usted.

PACO. Ha llegado el momento de que hablemos con toda formalidad. Tú no tienes padre, tu madre, ó lo que es lo mismo, mi hermana, es muy vieja y muy pobre. Tú no tienes más que tu paga, pero no necesitas pensar en el porvenir. Á Dios gracias, yo soy bastante rico.



para dejarte lo suficiente y puedas vivir con holgura, y voy á descubrirte mi secreto, aunque habia jurado no hablarte nunca de ello; yo he hecho mi testamento hace mucho tiempo, porque nadie está libre de un aire colado, y te he dejado todo lo que tengo.

FED. Querido tio! Cómo podré expresar á usted mi gratitud?

PACO. No ha de faltarte ocasion de probármela, y de probármela haciendo lo que se llama un negocio redondo.

FED. Ah! Ya sé lo que me va usted á exigir.

PACO. Pues si lo sabes, excusemos palabras inútiles. Esa señorita está en Granada. Te voy á presentar á ella y á su tia, una viuda (Federico se anima.) jóven, de una moral intachable. (Federico se restriega las manos.) Hola, te alegras, eh? Vamos, vas comprendiendo lo que te conviene. (Federico se pone muy triste.) Eh?

FED. No señor, no, si no me alegro.

PACO. Pues por qué te restriegas las manos?

FED. Es que tengo frio.

PACO. ¿Frio en agosto? Chico, no empieces á incomodarme, porque no quiero bromas.

FED. Tio, usted no puede comprender todo lo que yo...

PACO. Yo comprendo más de lo que tú te figuras, y conozco á los hombres, y conozco muy bien el corazon humano. Tú eres un chiquillo y no sabes lo que te pescas. La familia de Anduri es de las más distinguidas de Madrid. La niña está educada admirablemente, (Federico pone la cara muy disgustada.) no ha tenido ningun novio, ni se lo hubieran permitido sus papás, no sabe lo que es una carta de amor.

FED. (Que lo diga Lorenzo.)

PACO. No ha salido nunca sola, es el candor mismo. La dotarán en millon y medio, y ya están conformes en que seas tú su marido, y sólo falta que os conozcais para que os caseis en seguida, y hareis una linda pareja; ahora mismo se lo decia yo á su tia, (Federico vuelve

á animarse.) que tiene mucho talento y es muy discreta... (Federico se restriega las manos.) Y ahora... es frio... ó es gusto? Declara de una vez que la boda te gusta, y que te quieres hacer el interesante. (Federico se ha quedado muy pensativo.)

FED. (Si entro en aquella casa presentado por mi tio como novio de la niña, no puedo hacerle el amor á la otra. Esto es evidente.)

PACO. (¿Qué demonio está pensando este chico?)

FED. Yo necesito entrar allí sin que sepa quien soy. Sí señor, eso es.) (Volviéndose á D. Paco.) Sí, señor, eso es!

PACO. ¿El qué?

FED. Cómo el qué.

PACO. Dices, eso es!

FED. Yo? Yo he dicho eso es?

PACO. Ea, en qué quedamos, es esto juego de chiquillos?

FED. Oiga usted, tio Paco.

PACO. Mira que no tengo paciencia.

FED. Oiga usted, tio Curro.

PACO. Federico.

FED. Calma, Currito, calma. Vamos á hablar como buenos amigos. Usted tiene... cuántos años tiene usted?

PACO. Y á tí qué te importa?

FED. Usted tiene cien años...

PACO. ¿Eh?

FED. Es un ejemplo; en fin, usted es una persona respetable. Ha corrido usted mundo, ha servido usted al rey, se ha casado usted con una mujer rica, la ha matado usted.

PACO. Muchacho!

FED. Es decir, ha enviudado usted. Se ha hecho propietario, se ha retirado, en fin, es usted lo que se llama un hombre corrido.

PACO. Bien y qué?

FED. Pretende usted conocer el corazon humano.

PACO. Mejor que tú!

FED. Bueno. Cree usted que eso de enamorarse ciegamente.

y no seguir otros impulsos que los del corazon, es una tontería, defiende usted las bodas de conveniencia, cree usted en las niñas que no salen solas y que no tienen más que un novio, en fin... sabe usted más que yo, verdad?

PACO. Adónde vas á parar?

FED. Qué apostamos á que esa novia que usted me regala, no es lo que parece?

PACO. Eso es lo que aprenden ustedes en el cuarto de banderas. Esa es la moral que estudian ustedes ahora. En mis tiempos...

FED. En sus tiempos de usted sucedia lo mismo que ahora.

PACO. No señor!

FED. Sí, señor, sí, cada perro que les daban á ustedes...

PACO. Qué es eso de perro?

FED. Quiere usted que apostemos una cosa?

PACO. ¿Qué?

FED. Mi novia no me conoce.

PACO. Todavía no.

FED. ¿Á que me meto en ese cármen donde vive, y le hago el amor, y me planta cara?

PACO. Hombre, si me prometes no hácer una barbaridad de las tuyas, te apuesto lo que quieras!

FED. Vaya, pues apostemos una libra de dulces, á que á pesar de estar ella conforme en casarse conmigo, va á hacer caso de mí sin saber que soy yo. Á que me desbanco á mí mismo.

PACO. Pues va apostado. Prométeme no hacer ningun atropello.

FED. No, señor.

PACO. Es que te temo.

FED. Já, já, já! (Abrazándole.) No tenga usted cuidado. Si quisiera que me ayudase usted.

PACO. ¿Yo?

FED. Naturalmente!... Yo voy á presentarme allí por algun medio extraordinario. Necesito que esté usted en la casa, por si acaso me echan para que diga usted quien

soy, y no tengamos un disgusto.

PACO. Ah, con que ya crees que te van á echar? Vaya, vaya, tú vas á hacer alguna atrocidad.

FED. Palabra de honor... que no. Pero he de inventar algo, en fin.

PACO. Federico, que no me pongas en evidencia.

FED. Que no! Pero voy á dejarle á usted patitieso.

PACO. Aviado estás.

FED. He de encantusar á la chica.

PACO. Estás fresco.

FED. Le he de dar una carta.

PACO. No la tomará.

FED. Le he de besar la mano.

PACO. Quita de ahí!

FED. Apostamos?

PACO. Sí, hombre, apostemos.

FED. Pues ea, vaya usted delante! Yo voy en seguida!

PACO. Mira que yo allí no te conozco.

FED. Por supuesto.

PACO. Que no me comprometas!

FED. ¡Cá!

PACO. Que si pierdes, te casas!

FED. Mañana mismo.

PACO. Pues hombre, voy á tener el gusto de que te lleves chasco. Allá me voy.

FED. Allá voy yo corriendo.

PACO. Adios, infeliz!

FED. Abur, tio Paco!

ESCENA XII.

FEDERICO, despues LORENZO y RODRIGUEZ.

FED. Ya verás tú en metiéndome yo en la casa la que se arma. ¡Trá, lá, lará, lá! (Saltando y bailando.) La voy á ver! Lorenzo, Lorenzo!

LOR. Se ha ido ya el viejo?

FED. Lorenzo! Lorenzo!... Has de saber... Trá, lará, lá! (Saltando y bailando.)

LOR. Oyes, te estás burlando de mí?
FED. No, no, no! Esta noche te presento á tu novia.
LOR. Tú me la quieres pegar!
FED. Já, já, já! No, hombre, no! Te caso con ella!
LOR. No me quemes la sangre!
FED. Mi tio es un pobre hombre! Me ayuda á entrar en el cármen!
LOR. Yo voy contigo.
FED. Rodriguez!
ROD. Señorito?
FED. La ropa de paisano.
LOR. No me fio de tí. (Se pone el cinturon. Federico se viste de paisano apresuradamente.)
FED. Yo te diré por el camino lo que has de hacer!
LOR. Bueno, bueno, pero no te suelto.
FED. Já, já! Rodriguez?
ROD. Señor?
FED. Si no venimos á comer, vé á buscarnos.
ROD. Adónde?
FED. Allá.
ROD. Adónde?
FED. Allá, estúpido, allá.
ROD. Pero dónde?
FED. Al cármen!
LOR. Al cármen! (Se coge del brazo de Federico y se marchan.)
ROD. Á qué hora?
FED. (Volviendo á la escena cogidos del brazo.) De noche.
ROD. ¿De noche?
LOR. Ponte al acecho.
ROD. Pero...
FED. Trá, lará, lá, lá, lá!
LOR. Me parece que va á haber palos.
ROD. Pues señor, esta noche va á tener que oir la perra!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala baja en el cármen de María. Puerta de entrada al foro, para entrar por la cual se supone que hay que subir tres ó cuatro escalones. Hágase un hueco en el foro para que el espectador vea subir á los actores. Á los lados de la puerta hay dos ventanas con persianas verdes, y muchas macetas de flores. La puerta del foro estará abierta para que se vea el jardin y la tapia en que termina al fondo. Á la derecha del espectador, y en segundo término, hay un piano. En medio de la escena un velador grande y sobre él un jarron con un gran ramo de flores. Á la izquierda del espectador, en primer término, una mesita con un tablero de damas. Á la derecha, tambien en primer término, un sofá. Sillería de verano, y sencillez agradable en el conjunto. Procúrese dar á la escena el verdadero carácter de una casita de campo alegre, con muchas flores, etc, Al levantarse el telon aparece Luisa sentada al piano, aprendiendo una leccion de solfeo. Debe ser una leccion pesada, monótona, de las más desagradables al oido. María y don Mariano están sentados á la mesa jugando á las damas. Don Mariano dá cabezadas de cuando en cuando.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, LUISA, D. MARIANO, despues el JARDINERO.

Déjese un largo espacio desde que se levante el telon hasta que empieza á hablar María.

MARIA. Me como tres.
MAR. ¿Tres?

MARIA. Tres, don Mariano, tres.

MAR. Cómo puede ser eso?

MARIA. Mire usted, así. (Marca en el tablero la marcha del peon.)

MAR. Tiene usted razon. Voy á hacer otra jugada.

MARIA. Ahora me como sinco.

MAR. Tambien?

MARIA. Nada más que sinco, don Mariano.

MAR. Déjeme usted pensar un poco.

MARIA. Piense usted, hijo, piense usted todo lo que quiera. (Don Mariano se pone á discurrir y comienza á dar cabezadas.)

MARIA. Cuidao, criatura, que se va osté á matar!

MAR. Eh? No, si es que... este calor... y...

MARIA. Sabe usted que es un gusto jugar con osté?

MAR. Bien puede usted perdonar.

MARIA. Vamos á dejarlo?

MAR. No se enfade usted. Si es que yo...

MARIA. No, si no me enfado, pero es que me canso de jugar, y de hablar y de... vamos que se aburre una con estas tardes tan pesadas y este calor... y una aquí sola y sin conversacion... Hijita, quieres acabar ya con el chin chin ese? (Se levanta y va al sofá.)

LUISA. Ah, sí, tiita, sí, por qué no lo ha dicho usted ántes?

MARIA. Jesús qué fatiga de solfeo, hija.

LUISA. Es una redowa que...

MARIA. Parece que la has aprendido en viernes, hija mia.

MAR. Ya se puso de mal humor. (Luisa va á sentarse á la mesa de juego.)

LUISA. Quiere usted que siga yo la partida?

MAR. Con mucho gusto.

MARIA. Un dia, y otro dia, y otro dia aquí, haciendo siempre lo mismo, y viviendo como una monja porque no digan, jugando á las damas ó al tute con el don Marianico, acostándose una á la oracion; y para alivio de mis males encargada ahora de que esta muchacha no se escriba con un novio que ha dejao en Madrid, ni tontee con nadie, ni haga caso de nadie más que del otro novio con quien la van á casar, que tiene que venir y

que no viene... De qué me sirve á mí estar en la flor de mi vida para esto! Jesús, Jesús, pero qué desesperada estoy, pero qué aburrida!

LUISA. Que se duerme usted! (Gritando á D. Mariano.)

MAR. ¡Ah, sí! ¿Quién juega?

LUISA. Usted, hombre, usted. (María coge un periódico que hay sobre el sofá.)

MAR. Voy allá.

MARIA. (Lee.) «Con el mayor gusto y á riesgo de ofender la modestia del autor publicamos la siguiente bellísima poesía.» Dios mio! Esta firma..,

LUISA. ¡Ay! á mí que me gustan tanto los versos! Á ver, á ver? (Acercándose á María.)

MARIA. Escucha:

«Hay almas que se desean
y sin llegarse á encontrar
suspiran porque se quieren
y no se han visto jamás;
por eso yo, tantas veces
que me he puesto á suspirar
he murmurado.—Alma mia,
dónde estás?
Amaba el alma una sombra,
una quimera quizás,
pero la adoraba tanto
como si fuera verdad.
Buscábala por el mundo,
no la podia encontrar...
y murmuraba... Alma mia,
quién serás?
Lirio entre las zarzamoras,
mariposa en el rosal,
oculta tras unos ojos
un alma encontró el afan,
y era la tuya; la tuya,
que al ver la mia pasar
le preguntó en un suspiro,

dónde vas?
Se detuvo el alma inquieta,
respiró con libertad,
pidió en tus labios posada,
no se la quisieron dar;
pero desde aquel momento
suspiros vienen y van,
y tu corazon y el mio
no se pueden separar.
Diera por volver á verte
mi vida y mi bienestar.
Ay, alma del alma mia,
dónde estás?»

(Al acabar de leer, María deja caer el periódico y se lleva el pañuelo á los ojos. Luisa coge el periódico.)

LUISA. Ay, qué bonitos! De quién son? (Leyendo.) «Federico Salazar...» Toma, pues si son...

MARIA. De tu novio.

LUISA. Es decir, del hombre con quien me van á casar.

MARIA. Eso es.

LUISA. De modo que estos versos... son para mí.

MARIA. Para tí deben ser.

LUISA. Ay, pues mire usted!

MARIA. Ay, pues mire usted! Y se pone tan triste!

LUISA. Es que...

MARIA. Quita allá, mujer, quita allá, que pareces tonta!

LUISA. Pues sepa usted que yo me casaré con el Federico dichoso, sí señora, porque ustedes se han empeñado, y yo no me atrevo á dar un disgusto á mi papá, pero es un hombre que me fastidia, que no le puedo ver, ea!

MARIA. Pero si no le conoces!

LUISA. Pues por eso mismo.

MARIA. Tú harás lo que te manden.

LUISA. Naturalmente, pero seré muy desgraciada.

MARIA. Cállate ya, que bastante desesperada estoy! (Luisa se va á un lado de la escena, y se queda parada, pateando y haciendo

gestos de desesperacion. D. Mariano debe estar profundamente dormido.)

MARIA. Lo que es las coplitas, ya sé yo para quien son, pero qué va á hacer una más que aguantarse?

ESCENA II.

MARÍA, LUISA, D. MARIANO, D. PACO.

PACO. Ya me tienen ustedes aquí otra vez.

MARIA. Hola, Frasquito, me alegro.

PACO. Se me habia olvidado hablar á usted de una cosa... (Maldito si sé qué decir. Me habrá cogido la delantera ese botarate?)

MARIA. Pues qué es ello? (Luisa va de pronto á la mesa de juego, se sienta, y cogiendo uno de los peones, da con él un gran golpe sobre el tablero diciendo:)

LUISA. ¡Juego! (D. Mariano despierta dando un salto en la silla, mortalmente asustado.)

MAR. Ay, señorita, me ha asustado usted.

MARIA. ¿Y qué era? (Á D. Paco.)

PACO. Pues era que en lugar de presentar á ustedes hoy á mi sobrino, se hará pasado, porque parece que maña na está de guardia, y...

MARIA. Bueno; oyes, hijita? Eso va contigo.

LUISA. Bueno. (Con indiferencia.)

PACO. Supongo que Luisita lo sentirá...

LUISA. Sí señor, sí. (Id. id.)

PACO. Tratándose de su futuro...

MAR. No puede ser. (Refiriéndose al juego.)

PACO. ¿Cómo? (Creyendo que D. Mariano niega lo que él ha dicho.) Ah! (Reparando en que se referia al juego.)

PACO. Verá usted un guapo muchacho.

LUISA. No lo dudo. (Con indiferencia. María vuelve á coger el periódico y á leer con marcado interés.)

PACO. Verá usted qué figura.

MAR. Sí, eh? (Lo dice á propósito de una jugada que ha hecho Luisa, y mirando á esta despues de señalar al tablero.)

PACO. (Creyendo que D. Mariano, á quien no mira, se ha dirigido á él, contesta.) Sí señor, gallarda. Con unos bigotes...

MARIA. (Aludiendo á los versos que está leyendo, y con mucho acento.) ¡Presiosos!

PACO. (Creyendo que le contesta á él, y volviéndose hácia María.) Ah! Usted es de mi opinion? (María no le oye, y sigue leyendo.) Pues usted no le ha visto más que una vez de léjos. En cuanto á su moralidad...

MAR. Me la como! (Aludiendo á la jugada.)

PACO. Se la come usted? Ah! Creí que...

LUISA. Yo no conozco aún á Federico. Mi tia le vió un dia desde el balcon que dà á la calle.

PACO. Sí; yo se lo enseñé, iba al ejercicio al frente de su compañía, y se quedó mirando al balcon como si la buscara á usted. Miró á María, y María...

MARIA. (Leyendo.) *Le preguntó en un suspiro:*
Dónde vas?

PACO. ¿Eh?

MARIA. Ay, dispense usted, estaba distraida. Estaba leyendo unos versos...

LUISA. De Federico.

PACO. Á ver?

LUISA. Para quién cree usted que son?

PACO. Son de amor?

LUISA. Sí.

PACO. Para usted, Luisita, para usted.

MARIA. Cree usted? (Luisa cesa de jugar, y se queda muy séria. D. Mariano comienza á dormirse.)

PACO. (Hay que aprovecharse de todo.) Vaya! Los hizo anteanoche delante de mí...

MARIA. De veras? (Con mucho interés.)

PACO. (Ó de mentiras, lo mismo da.) Ya lo creo.

MARIA. Quiere él mucho á Luisita, verdad?

PACO. Mucho!

MARIA. Y le hace versos?

PACO. Ya ve usted!

MARIA. Y ronda por ella?

PACO. Sin cesar!

MARIA. Y pregunta por ella?

PACO. Mucho!

MARIA. Y habla de ella?

PACO. Siempre!

MARIA. Jesús, y lo que me fastidia este hombre con su risita! (Levantándose y haciéndose aire muy de prisa con el abanico.)

LUISA. Cuándo dice usted que vendrá?

PACO. Pasado mañana.

LUISA. (Pero Dios mio, y cómo dejo yo plantado á Lorenzo? Qué va á hacer ese hombre con el génio que tiene!)

ESCENA III.

MARÍA, LUISA, D. PACO, D. MARIANO, el JARDINERO.

JARD. Zeñorita, zeñorita.

MARIA. Qué sucede?

JARD. Un zeñorito que ze estaba peleando con un melitar, ahí junto á la puerta de caza za venío huyendo ar jardin, con motivo é eztar la puerta abierta; y za caio en la zanja y no ze pué mover, y ahí está.

MARIA. Qué cosa tan inesperada!

PACO. (Este es mi sobrino, como si lo viera.)

JARD. Y dize...

PACO. Qué dice?

JARD. Dize que si ustés tienen la armabilidá de permitirle que ze esté aquí mientras ze aviza á su caza...

LUISA. Ay, pobrecito, pues ya lo creo.

MARIA. Pero... es una persona decente?

JARD. Zí zeñora, un cabayero, mu bien jateao, con zu reló, y en fin, mu bien.

MARIA. Yo no sé... qué haria usted, don Paco?

PACO. Yo... (Verá usté como este botarate hace alguna de las suyas.)

MARIA. Vaya, hombre, ayúdale á subir si es que no puede.

JARD. Cá é poder! Él dice que za rompío una pierna! (Se va corriendo.)

MARIA. Jesús, Dios mio! Haga usted el favor de recibirle, don Paco, mientras yo me arreglo un poco. Y tú retírate.

LUISA. Pero...

MARIA. ¡Retírate!

LUISA. (Ay, qué empeño de que no ha de ver una á nadie!)

ESCENA IV.

D. PACO, D. MARIANO. dormido.

Ya casi me pesa de haber apostado, pero en fin, para que se convenza de que la niña es incapaz de una ligereza... Creen estos tontuelos que todas las muchachas gustan de enredos. No hay más que ver á la niña para convencerse de que no ha roto un plato en...

ESCENA V.

D. MARIANO, D. PACO, FEDERICO, el JARDINERO.

El Jardinero trae á Federico casi en brazos. Federico viene cojeando mucho.

FED. Ay, ay! ay!

JARD. (Á D. Paco.) Zeñó, ayúdeme ozté!

PACO. Yo? (Reflexionando.) Ah, sí... (Ayudándole á traer á Federico.) Venga. (Ap. á Federico.) (Muchacho, esto es abusar de mí.)

FED. (Si me descubre usted, doy un escándalo.)

PACO. (No, hombre, no.) (Le sientan en el sofá que habrá en el proscenio y le colocan la pierna derecha extendida sobre una silla que ponen delante.)

JARD. Ajajá!

FED. ¡Ay! (Como si estuviera muy dolorido.)

JARD. Ea, ahora zaldrá la zeñora y cuidará de ozté. (Se marcha.)

FED. Yo siento mucho incomodarla.

ESCENA VI.

D. MARIANO, FEDERICO, D. PACO.

PACO. (Despues de enterarse de que están solos y en voz baja.) Que mires lo que haces!

FED. Qué he de mirar, tio, qué he de mirar, si estoy sufriendo los dolores más horrorosos...

PACO. Ah, tambien conmigo quieres seguir la broma?

FED. Qué broma ni qué demonios! Llamen ustedes al médico en seguida.

PACO. No tendrias tú la culpa.

FED. Créame usted, venia con Lorenzo...

PACO. Ha entrado tambien tu amigo?

FED. No señor, se ha quedado fuera.

PACO. Pero se ha marchado?

FED. Supongo que sí. Pues verá usted. Venia con Lorenzo y empezó á juguetear y á darme de empujones... como él es así, y yo que se estuviera quieto y él que no, me empujó hácia este jardin y me caí...

PACO. Pero chico, es de veras?

FED. Tan de veras que estoy rabiando. Ay!

PACO. Es que eso seria más grave. Éstas señoras que ya se han asustado...

FED. Se han asustado?

PACO. Naturalmente. La invencion ha sido de mal gusto.

FED. Si no es invencion!

PACO. Bueno, lo que iba á ser invencion. Tu novia se disgustaria.

FED. Qué dice mi novia?

PACO. Ah! está muy contenta.

FED. De veras, eh?

PACO. No quiere á nadie más que á tí.

FED. (Pues está fresca.) Y su tia?

PACO. Su tia estaba leyendo unos versos tuyos.

FED. Ah, s í?

PACO. Sí, yo le he dicho que eran para Luisa.

echa el vaso de agua á D. Mariano sobre la cabeza. Despierta, se vuelve á D. Paco dándole las gracias muy enfadado y se marcha por el foro. D. Paco queda muy asombrado mirando á todos lados sin darse cuenta de lo que pasa.)

PACO. Pero señor qué ha pasado aquí?

FED. (Levantándose y dirigiéndose á su tio, muy serio.) Ahí tiene usted! Apenas le he dicho dos palabras y ya está chupándose los dedos de gusto.

PACO. Pero hombre!

FED. Con esta mujer quiere usted que me case yo!

PACO. Esto es alguna picardía tuya!

FED. Pues no ha estado usted delante?

PACO. Vete de aquí!

FED. Coqueta, más que coqueta!

PACO. No puede ser.

FED. ¡Cómo no le da á usted vergüenza!...

PACO. Mira que...

FED. Chist! Oigo ruido de faldas! Ay, ay!

PACO. Es cosa de renegar del género humano!

ESCENA VIII.

FEDERICO, D. PACO, MARÍA.

MARIA. Está ya aquí ese caballero?

FED. Señora...

MARIA. ¡Ah!

FED. (Se ha puesto colorada.)

MARIA. (Es... sí, sí, él mismo es.)

FED. Señora, no tengo palabras con que agradecer á usted...

PACO. Una palabra, Mariquita. (Llamándola aparte. María pasa al lado de D. Paco.)

PACO. Conozco mucho á este jóven.

MARIA. ¿Sí?

PACO. Mucho. Es un pícaro redomado, un insolente procaz, maldiciente, enemigo del bello sexo, estafador, petardista, casado y separado de su mujer.

MARIA. Pues hijo, vaya unos amigos que tiene osté!

PACO. Cómo? (Confundido.)

MARIA. No sé...

PACO. Es decir, le conozco de vista. Tengo la seguridad de que no viene á cosa buena.

MARIA. Hombre, sí?

PACO. Ya me ha confesado que viene á engañar á Luisa.

MARIA. No tenga osté cuidado!

PACO. Usted es demasiado confiada.

MARIA. Se nos va á comer, el señor este?

PACO. Mire usted que á Luisa le gusta.

MARIA. Le respondo á osté de Luisa.

PACO. Mire usted...

MARIA. Déjelo osté correr.

PACO. Me deja usted prevenir á esa niña?

MARIA. Sí, hombre, sí.

PACO. Bueno. Eche usted á este hombre, siquiera por mi sobrino.

MARIA. Lo que es por su sobrino de osté no tenga osté cuidado.

PACO. Cuidado, Maruja!

MARIA. Le digo á osté que su sobrino, va sobre seguro.

ESCENA IX.

MARÍA, FEDERICO.

FED. (Dice un amigo mio que las mujeres son como los pianos; cada cual necesita una pulsacion distinta. Vamos á ver con quién tengo que habérmelas.)

MARIA. Se ha hecho usted mucho daño?

FED. Así, así.

MARIA. Si usted quiere que llamemos al médico... (Se sienta.)

FED. No, señora, no.

MARIA. No cuesta más trabajo que enviar un recado. Vive á dos pasos...

FED. No, señora, no.

MARIA. Al principio creí que el daño habia sido muy grande.

FED. No, señora, no.

MARIA. ¿Duele?

FED. No, no.

MARIA. (Ay, qué soso es!)

FED. (Es particular. Pues no estoy cortado?)

MARIA. Pues...

FED. Pues ha de saber usted que hace un momento sufria horriblemente.

MARIA. Y ahora?

FED. Estoy mejor.

MARIA. De veras?

FED. Sí. ¿Quisiera usted mirarme?

MARIA. Por qué no? Pero no comprendo...

FED. Es que... cuando usted me mira, parece como que el dolor va desapareciendo poco á poco; si me mirase usted fijamente, creo que llegaria á olvidar el sufrimiento, (*Quitando la pierna de encima de la silla y quedándose sentado. María le mira fijamente como curiosa.*) y si esa misma mirada, dulce y serena como rayo de luna, se convirtiera en sonrisa, pero en una sonrisa de esas que penetran hasta el fondo del alma como la luna en las aguas del rio... (*María sonrie.*) Eso es! Ah, entónces... (*Acercándose á ella bruscamente.*)

MARIA. (*Levantándose de pronto.*) Cabayero!

FED. Pido á usted mil perdones.

MARIA. (*Con mucha intencion y con alegría.*) (Vaya, pues no es tan soso!)

FED. Mucho sentiria haber cometido una imprudencia.

MARIA. Puédela disculpar el estado nervioso, pero ruego á usted, pues está ya restablecido, evite demostraciones que pudieran interrumpir una amistad que acaba de nacer.

FED. Ah! Soy tan dichoso que puedo llamarme amigo de usted?

MARIA. Por qué no? Nos hemos conocido por una casualidad, me parece usted una persona bien educada, aunque nerviosa (*Con intencion.*) y no soy yo de las que se alarman sin motivo. No tengo muchos amigos, pero los que tengo los estimo en mucho, porque siempre he creido que los verdaderos no tienen precio.

FED. Ay pues yo tengo precio.
MARIA. ¿Eh?
FED. Sí, soy baratisimo. No valgo nada.
MARIA. Modestia llaman á eso en mi país.
FED. Justicia en el mio.
MARIA. Es usted andaluz?
FED. Sí.
MARIA. Somos paisanos.
FED. No señora, no, yo no soy paisano.
MARIA. No?
FED. Soy militar.
MARIA. (Ay qué grasia de hombre!) (Pausa.)
FED. Decia usted?
MARIA. No, nada.
FED. Sale usted poco. Yo no la veo á usted en ninguna parte.
MARIA. Casi no salgo de casa. Ayer salí un poco.
FED. Me lo figuré.
MARIA. Cómo así?
FED. Ayer... eso es. Fué el primer dia de sol, despues de un mes de nubes.
MARIA. (Pero señor, qué oportuno, qué reteoportunísimo es este hombre!)
FED. Salga usted. Dése usted á luz. No nos tenga usted á oscuras.
MARIA. Si viera usted que... estoy tan desanimada, mi carácter es tan triste!
FED. Tiene usted penas?
MARIA. ¡Psth!
FED. Se aburre usted?
MARIA. Eso sí. Me aburro de una manera tal, que...
FED. Á su edad de usted tal disgusto?
MARIA. Qué quiere usted? He sido siempre tan poco afortunada...
FED. No ama usted nada?
MARIA. Nada, ni á nadie. Amé una vez y...
FED. Y tuvo usted un desengaño?
MARIA. No; pero... soy viuda.

FED. ¡Ah! (Pausa.) Su marido de usted debia ser muy feliz.

MARIA. Por qué, porque se murió?

FED. No, no he querido decir eso.

MARIA. Creí.

FED. Quiero decir que...

MARIA. No fué feliz ni desgraciado. Su carácter no se acomodaba al mio. Era un excelente hombre, un perfecto marido...

FED. Pero no supo nunca apreciar el corazon que usted le habia dado.

MARIA. ¿Eh?

FED. Le sucedió lo que á un niño que se encontrara una perla en medio del arroyo. Puede ser que le diera un pisoton, sin saber lo que era.

MARIA. Quién le ha dicho á usted?

FED. Eso se adivina.

MARIA. Qué es lo que usted adivina?

FED. Adivino que nosotros no podemos ser amigos.

MARIA. ¿No? (Alarmada.)

FED. No, María, no. Ó mucho más que amigos ó muchísimo ménos.

MARIA. Pretende usted adivinar los pensamientos?

FED. Pretendo saber que hay almas que se adivinan y sin llegarse á encontrar...

MARIA. Suspiran porque se quieren
y no se han visto jamás.

FED. Sí; eso es, conoce usted la poesía?

MARIA. La sé de memoria.

FED. Ah!... (Mirándola extasiado y cogiéndola la mano.)

MARIA. Oh!... (Luchando entre la pasion y el deber y como tomando una resolucion extrema.) Federico, esto no puede ser!

FED. Eh! Sabe usted mi nombre?

MARIA. (Con rapidez.) Sí, lo sé todo, es usted Federico Salazar, sobrino de don Paco, novio de mi sobrina, aficionado mio y empeñado en un imposible. Le conozco á usted más de lo que usted se figura.

FED. (Loco de alegría, dando saltos y frotándose las manos.) Me

conocia, me conocia, me conocia! (Transicion.) Ay, perdon, perdóneme usted.

MARIA. Hijo, hijo, por Dios, qué es esto?

FED. Me conocia usted? Habia usted reparado en mí?

MARIA. Sí. Pero habia reparado ántes en otra cosa. Debo á mi hermano respeto y sumision completos, hay una boda concertada, que mi sobrina no rehusa, se me ha confiado el cuidado de Luisa, y cómo aunque le quisiera yo á usted... (Federico se alegra.) es una suposicion, ¿cómo habia de dar la campanada de robarle el novio á la parienta y á la amiga...? No, no, es inútil, inútil, inútil.

FED. Ah, si no es más que eso, el remedio es muy fácil.

MARIA. ¿Fácil?

FED. Luisa rehusará.

MARIA. No.

FED. Quiere usted verlo?

MARIA. No.

FED. Si no me quiere!

MARIA. Pero es obediente.

FED. Si yo no la amo!

MARIA. Pero tiene usted palabra.

FED. Si no la he dado!

MARIA. Federico, amigo mio, en el mundo hay algo superior á la pasion, y es el deber y las conveniencias sociales.

FED. Muy bien, perfectamente.

MARIA. Está usted conforme?

FED. Sí señora. (Yo te haré declararte vencida.)

MARIA. Aprueba usted!

FED. Apruebo.

MARIA. Se casará usted?

FED. Ya me corre prisa.

MARIA. Quiere usted que le presente á ella?

FED. Sin perder momento.

MARIA. Pronto ha cambiado usted.

FED. Completamente.

MARIA. Es orgullo?

FED. Todo lo que usted quiera.

MARIA. Voy, pues.

FED. Cuanto ántes, mejor.

MARIA. (El muy tonto!) (Llamando con rabia y con un gran grito.) Luisa! (Federico se ha quedado con los brazos cruzados, muy pensativo.) Le ha visto á usted entrar?

FED. No señora.

MARIA. Bueno. ¡Luisa!

FED. Es sorda mi novia?

MARIA. Hágame usted el favor de no tomarse libertades, señor mio.

ESCENA IX.

MARÍA, LUISA, FEDERICO.

LUISA. Qué es eso, tia, qué sucede?

MARIA. (Va á buscar á Luisa, la coge por la mano, y presentándosela á Federico, dice.) Caballero, mi sobrina. El señor es la persona con quien te vas á casar. Ya están ustedes presentados. (Se aparta á un lado, y comienza á abrir y cerrar el abanico, haciendo mucho ruido.)

LUISA. (Ay, qué cosa tan estrambótica.)

FED. (Me parece que he dado en el blanco.)

FED. Señorita...

LUISA. (¿Se habrá arrepentido este hombre?)

FED. (Ahora tengo que ganar la apuesta con mi tio.) Si usted permite que acompañe á esta señorita al jardin...

MARIA. Sí, hombre, sí, permitido. (Sin mirarle.)

FED. Señorita... (La ofrece el brazo, y se marcha con ella.)

LUISA. Pues señor, no entiendo una palabra! (Se van. Federico se vuelve de cuando en cuando á mirar á María. Esta queda de pie, dando patadas en el suelo, y haciendo ruido con el abanico. Aparece al mismo tiempo D. Paco en el umbral de la puerta por donde entró ántes, y observa lo que pasa. En seguida se dirige á María precipitadamente.)

ESCENA X.

MARÍA, D. PACO.

PACO. ¿Se la lleva! (Con mucho asombro y en tono de represion.)

MARIA. Sí señor, y qué? Buen provecho le haga! (Se va hácia su cuarto, deteniéndose en la puerta, como si le flaquearan las piernas, y apoyando la mano y la cabeza contra la misma puerta.)

PACO. Pero Mariquita!... (Desde donde está, y sin salir de su asombro.)

MARIA. (Llorando.) Dios mio, Dios mio!... (Entra en su cuarto. D. Paco se queda mirando á todos lados, haciendo grandes gesticulaciones de asombro.) Pero señor, este condenado chiquillo nos va á volver locos á todos!

ESCENA XI.

D. PACO, D. MARIANO.

MAR. Este señor gracioso... (D. Paco, distraido, pensativo, no ha reparado en él.) Se duerme usted?

PACO. ¡Eh! (Mira quien habló!) No, hombre, no, sino que me he quedado como á quien le echan un jarro de agua.

MAR. Quién se ha quedado así, soy yo! Y maldita la gracia...

PACO. Conoce usted á ese pícaro.

MARIA. ¿Á cuál?

PABO. Al jóven que acaba de salir con Luisita.

MAR. Ah, no.

PACO. Figúrese usted.

MAR. Qué?...

PACO. Que todo ha sido una farsa.

MAR. Pero el qué?

PACO. Lo de la herida...

MAR. Qué herida?

PACO. Hombre, usted está dormido por dentro!

MAR. Vaya, vaya, no estoy para bromas.

PACO. Es que me tiene en cuidado el condenado del muchacho.

MAR. Ea, va á anochecer, y voy á ir dando mi vuelta. Si la señorita se casa, que tome este cármen por modelo. Aquí ni un ruido, ni una visita, ni un chisme, ni una mosca. Qué paz, don Paco! Esto es una casa! Oh, donde yo esté... (Se sienta.)

PACO. Sí, eh? (Se acerca á la ventana y se asoma.)

MAR. Yo vigilo... (Se duerme. Unos momentos de pausa. De pronto aparece María en el umbral de la puerta.)

ESCENA XII.

D. MARIANO, D. PACO, MARÍA.

MARIA. (Desde la puerta.) Don Mariano!

PACO. Ah! (Alegrándose de ver á María.)

MARIA. Don Mariano.

PACO. Venga usted!

MARIA. Qué sucede?

PACO. Queria usted algo?

MARIA. Queria que llamase á Luisa. Está anocheciendo, y basta de paseo.

PACO. Mire usted! (Llevándola á la ventana.)

MARIA. ¿Qué?

PACO. El seductor... le está dando una carta.

MARIA. Pues es un seductor muy tonto.

PACO. Cómo tonto?

MARIA. Claro! Si la está hablando, á qué viene el darle una carta?

PACO. Pero es verdad, ó no?

MARIA. ¡Luisa!

PACO. Á ver si ahora cree usted lo que ve!

MARIA. (¡Se van á casar, Vírgen de las Angustias, se van á casar...)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Me llamaba usted, tia?
MARIA. No lo puedo creer.
PACO. Pues yo lo he visto!
MARIA. Dios me dé valor...
PACO. Yo ganaré la apuesta...
MARIA. Qué te ha dado ese jóven, mientras paseabais por el jardin?
LUISA. Á mí?
MARIA. Responde; lo mando!
LUISA. (Qué vergüenza me da; pero si no miento, como él me ha encargado, es capaz de casarse conmigo!)
MARIA. ¡Vamos!
PACO. Estoy seguro de que la tiene en el bolsillo!
MARIA. Qué te ha dado!
LUISA. Pues... me ha dado un abrazo. (Al oir esto; María, que está de espaldas á D. Paco, y éste, que para aplicar el oido á lo que dice Luisa casi se ha puesto de espaldas á María, se vuelven á un tiempo repentinamente, y se quedan mirando uno á otro abriendo mucho los ojos. Momento de silencio.) (Así como así, es mentira, con que... ¡qué demonio!)
PACO. Pues esto es más grave!!
MARIA. (¡Me ahogo!) Algo más te ha dado!
LUISA. Tia...
MARIA. Confiésalo.
LUISA. Tia... no me atrevo... que se vayan esos señores.
PACO. Dios mio, qué será!
MARIA. (Va á donde está D. Mariano, y le da un empujon. Despierta sobresaltado.) Váyase usted!
PACO. Se convence usted?
MARIA. Váyase usted tambien.
PACO. (Sí lo dije, que éste iba á hacer alguna barbaridad!)
MARIA. Qué desengaño!
PACO. Volveré esta noche!

ESCENA XIV.

MARÍA, LUISA.

MARIA. ¡Habla!
LUISA. No se va usted á enfadar?
MARIA. Habla pronto!
LUISA. Es que...
MARIA. No me irrites, Luisa.
LUISA. Pues me dió una carta.
MARIA. No le bastaba hablarte?
LUISA. No señora.
MARIA. No he visto un descaro semejante.
LUISA. Como es mi novio...
MARIA. Por muchos años. Á ver eso?
LUISA. Aquí está. (Se lo da.)
MARIA. (Lee.) «Estamos destinados el uno para el otro; mi pri- »mera impresion ha sido tan grata...»
LUISA. Pero por qué se incomoda usted?...
MARIA. Porque los misterios me parecen mal siempre.
LUISA. Siga usted!
MARIA. «Necesito hablar á usted más despacio.» No tendreis tiempo una vez casados?
LUISA. Quién sabe!
MARIA. «Y sin testigos.» ¡Sin testigos! Esto es un escándalo, es así como quiere entrar este hombre en nuestra familia?...
LUISA. Pues...
MARIA. ¡Calla! «Esta noche á las doce, á la luz de la luna, »amante y caballero, galan y comedido... estaré en el »jardin si usted no lo prohibe.» Luisa, esto es indigno, esto es tenerte en poco, este hombre nos insulta y tú no sabes lo que has hecho con tomar esta carta.
LUISA. Pero tia.
MARIA. (La ama! la ama!)
LUISA. Pero oiga usted.
MARIA. Esto sonroja!

LUISA. Pero si la carta no es para mí.

MARIA. ¿Eh?

LUISA. Si es para usted! (Transicion violentísima. Una sonrisa de felicidad. Momento de sorpresa agradabilísima. En seguida dice con la mayor amabilidad.)

MARIA. Para mí, hija mia?...

LUISA. Para usted; me suplicó que la entregara... yo ni sabia lo que decia la carta.

MARIA. ¿No? ¡Le parece á usted? Y yo tonta que la leo en voz alta!

LUISA. Se ha desenojado usted?

MARIA. Qué opinas tú de esto?

LUISA. Ah, yo estoy loca de contenta.

MARIA. ¡Tú!

LUISA. Como que me ha dicho que no me quiere.

MARIA. Sí?

LUISA. Y que usted es muy guapa.

MARIA. ¡Ah?

LUISA. Y que su tio está ido.

MARIA. Y te alegras, verdad?

LUISA. Y deseo que ame usted á mi novio.

MARIA. Hija, bendita sea tu boca! (Le da un beso.) Déjame sola, esto se arreglará.

LUISA. Dios lo haga! (Luisa se va á su cuarto. Cuando ya está en la puerta la llama María.)

MARIA. ¡Chist! (Luisa vuelve.)

MARIA. (Despues de una pausa.) De veras te abrazó?

LUISA. Cá, no señora. (María le coge la cabeza y le da muchos besos. Luisa se marcha.)

ESCENA XVI.

MARIA.

Mira á todos lados. Da dos vueltas á la llave del cuarto de Luisa, y se la guarda en el bolsillo. Cierra la puerta del foro y una de las laterales. Despues, convencida de que está sola, da rienda suelta á la alegría.

(Dando un gran suspiro.) Aaaah! Esto ya es otra cosa, Ma-

ruja! Me ama á mí sola, mi corazon sabia lo que se hacia... no se casarán... (Dejándose caer en el sofá. Leyendo en un libro que hay sobre el sofá.) «Infinitivo, amar. Partisipio, ser amado.» (Da la media en el reloj.) Las ocho y media nada más? Estos relojes van atrasados... (Pausa.) Ay! faltan tres horas y media para el participio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El jardin. Una fuente en medio: senderos de flores y empalizadas en el suelo. Hágase con toda la verdad posible. Al foro la tapia, en cuyo lado derecho está la puerta de entrada. Un banco de piedra, á la derecha del actor, y cerca del proscenio. Detrás unas cañas ó un arbolillo. Á la izquierda del actor la fachada del cármen, haciendo esquina. El costado que mira á la escena tiene la puerta de entrada con tres ó cuatro escalones, y dos ventanas con persianas á los lados. El costado que da al público tiene una ventana con persiana y una tabla con macetas de flores y enredaderas. En una palabra, es el exteríor de la escena del acto segundo. La luna debe dar luz á la mitad izquierda de la escena. Por la ventana del cármen, que está frente al público, y está abierta, se ve el interior del cuarto donde quedó encerrada Luisa. Está alumbrado por una lámpara colgada del techo, y se ve á Luisa, de espaldas al público tocando el piano. El foro, detrás de la tapia y á gran distancia, debe ser uu cielo con brillantes estrellas. Esta decoracion, como cuadro artístico, debe tener tanto encanto como verdad.

Al levantarse el telon, Luisa está tocando *El último pensamiento de Weber*. La ejecucion de esta pieza debe durar bastante rato; no importa que esté la escena sola cinco minutos. Ántes de que acabe de sonar el piano se oye muy léjos el toque de retreta en algun cuartel. Cuando Luisa cesa de tocar, suenan las diez en el reloj de un campanario lejano.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, asomada á la ventana.

¡Qué hermosa noche! Tambien ha sido ocurrencia de

4

mi tiita de encerrarme aquí! Me parece á mi que mi tia... Vendrá Lorenzo? Su amigo me ha prometido ayudarle á entrar y yo le he entregado una cartita avisándole que estaré á la ventana. Con tal de que no lo eche á perder con ese genio tan vivo que tiene... como el dia aquel en Madrid cuando subia á hablarme por el ventanillo de la escalera y el portero le preguntó donde iba... Qué paliza le dió, Dios mio! No me quiero acordar... Y á mí me gusta un hombre así, sin miedo á nada...

ESCENA II.

LUISA, D. PACO.

PACO. Chist, chist!
LUISA. No suba usted, don Paco, mi tia echa chispas!
PACO. Echa chispas? Pues voy á encender el cigarro.
LUISA. Por más que la quise alegrar con la carta...
PACO. Con cuál?
LUISA. Con la que me dió Federico para ella.
PACO. Y qué decia?
LUISA. Le pedia una cita.
PACO. ¡Ah!
LUISA. Véala usted, yo la he conservado. (Le arroja la carta.)
PACO. (Cogiéndola) ¡Ah! Qué gran cosa!
LUISA. ¿Qué?
PACO. Ah, ah, ah! Pobre sobrino, la que te espera!
MARIA. (Dentro.) Muchacha, cierra esa ventana!
LUISA. Ay, qué fastidio! (Cierra. D. Paco se va.)

ESCENA III.

LORENZO, asomando por la tapia, despues LUISA y FEDERICO.

Á ver si me rompo algo! ¡Uy! Maldito sea el amo del cármen y toda su casta! Pues no han llenado la tapia de cascos de botellas! ¡Uy! Hombre, quisiera coger ahora al bárbaro que ha tenido esta ocurrencia! Qué

barbaridad! (Dejándose caer de un salto desde la mitad de la altura.) Me he herido la mano. (Se aplica las heridas á los labios como para restañar la sangre.) Vamos á ver qué especie de casa es esta, y adónde está uno. (Reconociendo el terreno.) Una fuente. Bueno. Un banquito de piedra... Para hablar con la novia, delicioso. La casa, con sus ventanitas bajas y su... (En este momento se oyen los ladridos de un perro. Lorenzo, que se habia acercado al cármen como escuchando, da un salto atrás y tira de la espada.) ¡Arre, chucho! Esta es la perra de que hablabamos. Á ver si sale álguien y tengo que andar á palos. (Silbando en voz baja.) Toma, milor! Si querrá Dios que vea yo á mi Luisa de mi alma! Ay! Qué ganas tengo de verla, pero qué ganas tengo! (Da tres palmadas no muy fuertes. Se abre la ventana y aparece Luisa. Habla en voz baja.)

LUISA. ¡Lorenzo!

LOR. Luisa!

LUISA. Gracias á Dios!

LOR. Eso digo yo, gracias á Dios que te veo, que ya me estaba muriendo de pena, amor mio!

LUISA. Ay, lo que tengo llorado por tí. (Llorando.)

LOR. Has llorado por mí! Ay! si me están dando ganas de llorar á mí tambien!

LUISA. No sabes cuántas cosas me han pasado desde que no me ves!

LOR. Te han pasado cosas! Vamos, hay para volverse loco! Pero siempre queriéndome como en Madrid, verdad, Luisa mia?

LUISA. Siempre.

LOR. Me quieres mucho?

LUISA. Más que á mi vida!

LOR. Bendita seas. Dímelo otra vez!

LUISA. Más que á mi vida! Y tú!

LOR. Más que á mi alma.

LUISA. Ay, si vieras cuánto necesitaba oir otra vez esas palabras de tus labios!

LOR. Pues y yo, que me he venido sin licencia!

LUISA. Sin licencia! Y te has expuesto por mí...
LOR. Aunque me fuera en ello la vida. Si no puedo ¡vivir sin tí, si no puedo estar léjos de tí, si me tienes muerto, vida mia. Me quieres?
LUISA. Más que á mi vida.
LOR. Ay! dímelo otra vez!
LUISA. Más que á mi vida!
FED. Já, já, já, já! (Sin poderse contener, pero en voz baja. Lorenzo y Luisa lo oyen. Lorenzo se dirige hácia donde está Federico.)
LOR. Quién anda ahí!
FED. Já, já, já!
LUISA. Lorenzo, no te comprometas, por Dios.
LOR. Lo voy á partir al que sea!
LUISA. Lorenzo mio! Ay, qué susto, Dios mio, qué susto!
LOR. Siempre será algun cobarde!
FED. Ya lo creo!
LOR. Ah, Federico!
FED. El mismo.
LOR. Qué haces tú aquí! Me negarás ahora que persigues á la mujer que yo amo! Federico, nuestra amistad se ha convertido en odio.
FED. (Imitando la pasion con que hablaba ántes Lorenzo.) Dímelo otra vez, hombre, dímelo otra vez!
LOR. Federico!
LUISA. Federico!
FED. Sigan ustedes amando sin miedo. No seas chiquillo. Pregúntale á tu novia si la quiero.
LOR. Luisa, yo no pude esperar esto de tí.
LUISA. No tengas celos, Lorenzo! Me ha dicho que no se casará conmigo! Es muy buen muchacho.
LOR. Muy buen muchacho? Adios para siempre!
LUISA. Lorenzo!
FED. Anda, criatura, que te está llamando. Te juro que no me gusta.
LUISA. De veras, Lorenzo, que no le gusto!
LOR. Pues entónces, por qué está aquí?
LUISA. Porque le gusta mi tia, hombre!

FED. Porque amo á la tia.

LOR. Pero lo sabe ya tu tia?

LUISA. Sí, hombre, ya se lo he contado yo á mi tia.

FED. Justo; y tú se lo puedes tambien contar á tu tia.

LOR. Á que te pego un sablazo!

FED. Já, já, já, já!

LUISA. ¡Loco!

LOR. Sí, Luisa, sí, loco de celos, de amor, de... conque á ver, á ver, qué barullo es este? Tú amas á la viuda, no es eso?.

FED. Justo.

LOR. Y Luisa no se casa contigo.

FED. Nunca.

LOR. Y yo me caso con Luisa.

FED. Me encargo yo de eso, pero ahora vete.

LOR. Irme yo de aquí? Nunca!

FED. Pues retírate al ménos.

LUISA. Sí, que mi tia baja en este momento. Vuelve luégo. Tengo que hablarte.

LOR. Espérame.

LUISA. Sin falta.

LOR. ¿Me quieres?

LUISA. Más que á mi vida.

FED. Dígaselo usted otra vez, que estamos de prisa!

LOR. ¡Anda, hombre! (Se van juntos del brazo.)

ESCENA IV.

D. PACO.

El tonto de mi sobrino creerá que yo estoy durmiendo. María creerá que yo me fuí á mi casa cuando me despedí de ella y no saben ellos que yo soy perro viejo, y que mientras él está en su casa y ella se prepara á bajar á dar un paseo á la luna...

ESCENA V.

MARÍA, D. PACO.

MARIA. ¡Qué noche tan larga!

PACO. Aquí está.

MARIA. Infinitivo, amar. Partisipio, ser amado. Vamos que chocao á mí eso del partisipio! ...

PACO. Por muy corrido que uno sea...

MARIA. (¿Por qué estoy yo esta noche tan nerviosa?)

PACO. (Puntual ha sido.)

MARIA. (Es un paso arriesgado.)

PACO. (¿Hablaremos?)

MARIA. (Vendrá sin falta?)

PACO. (Cómo puede ella figurarse...)

MARIA. (Qué me dirá?)

PACO. (De fijo que...)

MARIA. (Me dirá...)

PACO. Buenas noches, Maruja.

MARIA. ¡Ah! (Qué contratiempo!) Buenas noches, Curro.

PACO. (Se ha sorprendido.)

MARIA. ¿Cómo usted por aquí á estas horas?

PACO. ¡Psth! No siempre he de venir de día.

MARIA. Verdad que sí.

PACO. Y sobre todo, cuando sabia que usted me aguardaba...

MARIA. ¿Yo?

PACO. Ha sido usted tan puntual como yo me esperaba.

MARIA. ¿Eh?

PACO. Justo.

MARIA. ¿Justo?

PACO. Justo.

MARIA. (¿Qué historias me trae este buen señor?)

PACO. Dije á usted que á esta hora...

MARIA. Ah, sí.

PACO. Tiene usted unos magníficos claveles.

MARIA. Quiere osté uno, Currito?

PACO. ¡Currito!

MARIA. Vaya, hombre, tome osté y llévelo osté, porque eso huele bien, y siempre acompaña.

PACO. Créame usted, Maruja. Tengo siete cruces, tres laureadas y cuatro sin laurear. Pues nunca he llevado en el ojal cosa más de mi gusto.

MARIA. (Mirusté qué fino es el cascajillo este.)

PACO. Con que...

MARIA. ¿Con que se va usté, verdá? Ea, pues salú, Currito, hasta por ahí. Buenas noches.

PACO. ¡Jé! jé! jé! jé! (Se sienta.)

MARIA. (¡Y se sienta!)

PACO. (Mire usted qué manera de trastearme...)

MARIA. Pero diga usted, Curro.

PACO. ¿Qué?

MARIA. Se va usted á pasar la flor de su vida sentao ahí en ese banco?

PACO. Pero diga usted, Mariquita.

MARIA. ¿Qué?

PACO. Me voy á ir cuando he venido aquí, porque usted quiere?

MARIA. ¿Qué?

PACO. Á qué hora la he citado á usted?

MARIA. Osté.

PACO. Vamos, Maruja, que ni usted ni yo somos dos chiquillos. Que usted me tiene mareado hace ya tiempo, ya usted lo sabe; que usted no me encuentra del todo mal, me lo dice el haber usted bajado al jardín á esta hora; y que nosotros dos nos queremos sin habérnoslo dicho...

MARIA. (¡Ay! ay! ay! ay! qué viejo más guason! Pues no me está haciendo el amor?) Basta, hijo, basta, basta basta!

PACO. Pero...

MARIA. Con que usted se ha figurado que yo he venido aquí á cosa hecha? Pero Curro, es posible que tenga usted tres cruces laureadas y cuatro sin laurear! Vamos, hombre, vamos...

PACO. Maruja... se irá usted á divertir conmigo?...

MARIA. Pero hijo mio...

PACO. Negará usted que esta es la hora...

MARIA. ¿Qué hora? (Y el otro que va á venir.)

PACO. Qué hora? La de mi carta.

MARIA. De qué carta?

PACO. De la que le ha dado á usted su sobrina.

MARIA. ¡Eh!

PACO. Pues claro lo decia...

MARIA. Á ver, á ver, amigo mio, haga usted el favor de hablar más de prisa.

PACO. Yo le he escrito á usted.

MARIA. Á quién dió usted la carta?

PACO. Á mi sobrino, el cual la entregó á Luisa.

MARIA. De modo que la carta era de usted.

PACO. ¡Digo!

MARIA. Era usted y no era... era... no era... ay, madre mia de mi alma! (Dejándose caer en el banco y llorando desconsolada. Hágase de la manera más conmovedora. Momentos de silencio.)

PACO. Mariquita... yo... (María se levanta furiosa y de la manera más descompuesta.)

MARIA. Váyase usted de ahí!

PACO. Demonio! (Asustado.)

MARIA. ¡Déjeme usted!

PACO. Vaya usted á entender á las mujeres. (Se marcha. Aparece Federico en el fondo del jardin, y se va acercando á medida que la escena lo requiere.)

ESCENA VI.

MARÍA, FEDERICO.

Es decir, que se han burlado de mí! Que he sido víctima de una infame emboscada! Que no hay tal amor, ni tal pasion disimulada, ni tal amante, ni tal cita... (Llorando.) La niña no ha hecho más que contribuir al plan de ese hombre indigno á quien detexto... (Transicion.) Qué he de detextar yo, si le tengo en el alma... si á pesar de sus picardías y del ridículo en que me pone, quiero enfadarme, y no puedo, y le quiero... y le quiero... y ahí tiene osté, eso no se puede remediar, le quiero, vamos, le quiero, qué quié desir que *le*

quiero? Pobre de mí!... Pobres de nosotras! Vamos á ver, por qué ha de ser una tan desgrasiada? Por qué aquí me tiene usté á mí, que no puedo vivir sin quererle, que he tenido que esperar á que él me busque y me encuentre... que tengo un corazon tan apasionado como el primero... y sin embargo, he de sufrir que un hombre se ria de mí sín poderle decir con toda la pasion de mi alma: Pero criatura, á qué anda usté jugando al enfadao, cuando sabe usted que yo le he dicho que no por la miajilla de la vergüensa! Sí; lo que aquí sucede, yo bien lo sé; que yo ya sé lo que son los hombres. Me vió esta tarde obstidada en que nones, y ahora... ahora me hace rabiar por lo que pueda ser! Umm! Y que tenga una que pasar por estas cosas! Mujeres! Esto del bien parecer, es muy justo y muy bueno, pero la mitad de nuestras desgracias consisten en que no nos está permitida la franqueza. El hombre no se muere nunca de cortedad, lo que piensa lo dice; si le admiten, bien, si no, ya sabe á qué atenerse. Pero una... una no puede hablar; ay, pues si una pudiera hablar, qué cosas diria!...

FED. Está hablando sola.

MARIA. Tendrá valor para presentarse delante de mí? Qué infamia, Dios mio, qué infamia! Merecia yo esta picardía... Se casará con Luisa?... Oh! Qué hago yo aquí... Ocultemos este pesar... (Se va á marchar. Suenan las doce en un reloj de torre muy lejano. María, que estaba ya en lo alto de la escalera de entrada, se detiene.) ¡Las doce! (Se le cae el pañuelo. Federico se adelanta y le coge.) ¡Ah, usted!

FED. Yo, querida amiga.

MARIA. Usted á esta hora?

FED. Es en verdad extraño. Pero no hubiera sido cortés si me hubiera marchado sin despedirme.

MARIA. ¿Cómo?

FED. Salgo al amanecer con mi regimiento.

MARIA. ¡Ah!... se va usted... (Bajando. Como si se arrepintiera del interés que acaba de demostrar, dice dando media vuelta y ale-

jándose de nuevo.) Pues buen viaje.

FED. Gracias, y hasta la vista.

MARIA. Federico!

FED. ¿Eh?

MARIA. Señor don Federico!

FED. Señora...

MARIA. Ántes de que osté se vaya, necesito que sepa osté caballero, que no le creí tan mal educado ni tan poco agradecido...

FED. ¿Y por qué?

MARIA. Porque... porque... en una palabra, esta no es manera de entrar en una casa donde habita una familia decente. Osté está comprometido á casarse con una señorita...

FED. Y me caso, sin duda ninguna. Pudo usted creer que yo faltara á mi palabra?

MARIA. Sin embargo, esta tarde no pensaba osté así.

FED. Pero usted me ha hecho comprender que debia pensar de otra manera. Por otra parte, he sabido que usted perderia un porvenir risueño al atender mis galanterías. Ah, señora, cuánto siento haber hecho mal tercio á una persona tan respetable como mi tio Paco!

MARIA. Señor mio...

FED. Mi tio Paco! Un militar valiente, un guerrillero de la independencia...

Viriato guerrero
pasando de pastor á guerrillero
y de allí á general, fuerte, animoso...

MARIA. ¡Caballero! (Vamos, es que tiene muchísima gracia este hombre!)

FED. Haberme yo interpuesto...

MARIA. Mire usted!

FED. En cuanto lo supe, me apresuré á trasmitir á usted aquella carta...

MARIA. ¿Pero cómo?

FED. La tenia yo en el bolsillo.

MARIA. ¡Ah!

Fed. La habia escrito yo...

Maria. ¡Usted!

Fed. Sí; él me habia pedido que le escribiera una carta para una novia que tenia.

Maria. ¿Sí?

Fed. No me dijo quién era...

Maria. Ah, no?

Fed. (¡Agua va!) Cuando luégo me lo contó Luisita...

Maria. ¿Mi sobrina?

Fed. Ella fué quien me reveló este secreto íntimo..

Maria. Embustera!

Fed. Y yo, dije...

Maria. ¡Ah!

Fed. Eso, dije yo: Ah!

Maria. Federico...

Fed. Y en seguida envié la carta con la sobrinita.

Maria. Eso es...

Fed. Eso es un amor.

Maria. Eso es un enredo.

Fed. Eso es un tio...

Maria. Pero...

Fed. Militar aguerrido.

Maria. Oiga usted!

Fed. Rico, poderoso.

Maria. Oiga usted!

Fed. Tiene una fábrica de jabon en Tembleque.

Maria. Pero...

Fed. Comercia en esparto.

Maria. Pero hombre.

Fed. Es un espartero.

Maria. Pero por caridad!

Fed. Sea usted muy dichosa.

Maria. ¡Ay!

Fed. Séalo usted yo me alegraré mucho.

Maria. Qué agonía.

Fed. Ame usted á ese anciano.

Mrria. ¿Yo?

FED. Creced, y multiplicaos!

MARIA. ¡Basta! Ya no puedo más, lo oye usted? Ya no puedo resisir tantísima charla y tantísima inconveniencia. Adónde va usted á parar con todo ese jaleo? Usted se se ha figurado sin duda que yo me voy á confundir con ese turu turu turu? Ó es que quiere usted atontarme á ver si me mareo? Ay, hijo mio de mi alma, y cómo se ha engañado usted al entrar en esta casita tranquila y retirada! ¡Uy! Pero cómo se ha equivocado usted! De medio á medio, hijo, de medio á medio; usted es militar, pero yo soy mujer; usted sabe de mundo, pero yo soy viuda; usted da vueltas alrededor de la luz y se va usted á quemar las alas, alma mia. Usted no sabe ya qué inventar para convencerme, pero yo estoy convencida. Sí señor, hablemos clarito, á bien que nadie nos oye; yo sé lo que usted piensa, lo sé, hombre, lo sé, le digo á usted que lo sé de muy buena tinta. Esta tarde las echó de tierno, ahora las echa de insolentuelo; unas veces quiere usted rendirme por lo sentimental, otras por lo grasioso; y en resumidas cuentas estamos siempre lo mismo; ni usted se alegra de que don Paco me quiera, ni usted lo cree, ni le hase á usted gracia, ni usted se quiere casar con la muchacha, ni el regimiento se va, ni ese es el camino; y sépalo usted ya, señor pesado, cásese ó no se case, tenga él tio jabon ó tenga betun, tenga cruces ó tenga calvarios, váyase usted ó no se vaya, viva usted en la seguridad de ahora para siempre, de que esta mujer... esta pobre mujer le quiere á usted como saben querer las mujeres!...

FED. ¡Ah! (Arrodillándose á sus piés.)

MARIA. (Tapándose la cara con el pañuelo.) (Qué vergüensa, Jesús, qué vergüensa!) (Unos momentos de pausa.)

FED. María, esa confesion, nacida del alma, esa confesion íntima que á despecho del rubor y del amor propio viene á darme la vida y á abrir un horizonte nuevo en la de entrambos...

MARIA. Es una debilidad de mujer que no se hase más que una vez y no se hase en vano.

FED. ¿Qué hay en todo lo que aquí sucede de extraordinario? Nada más que lo que se ve todos los dias realizado para desdicha de maridos y perdicion de mujeres. Si yo no hubiera repugnado la boda con Luisa, ella y yo hubiéramos sido muy ricos, pero muy desgraciados. Acaso hubiéramos sido dos amigos, nunca dos personas nacidas para amarse. Mi tio pretende conocer el mundo... yo lo conozco mejor, que el mundo todo está en esos ojos que ahora amantes me miran, y no hay pare mí felicidad mayor que mirarme en ellos mientras dure mi vida.

MARIA. (Pero qué cosas tan retegrasiosas dice siempre este *guason* de hombre!) Todo eso es verdad, muchísima verdad, y sólo falta que tio Curro se convensa.

FED. Y si no se convence, peor para él. Tengo apostada una libra de dulces á que no me caso con Luisa.

MARIA. ¡Usted!

FED. Yo mismo.

MARIA. Pero, hijo, usted tiene el demonio en el cuerpo!

FED. No; la tengo á usted en el alma!

MARIA. Qué va á hacer esa pobre niña?

FED. La pobrecita se casará con mi amigo Lorenzo, que es capaz de casarse con todo el género humano.

MARIA. Es amigo de usted!

FED. Y hombre muy... ¡uf!

MARIA. ¡Eh!

FED. ¡Uf!

LOR. Aquí está... yo me arriesgo... sí, es su vestido blanco... gracias á Dios!

MARIA. Qué es esto?

LOR. ¡Uf!

FED. Oyes, Lorenzo, en qué quedamos?

LOR. Chico...

MARIA. Por dónde ha entrado este hombre!

LOR. Por... por... por dónde he entrado yo, chico?

FED. Ha entrado por el aire, señora, el amor le ha prestado sus alas.

LUISA. Pero tia, (Asomando por la ventana.) me quiere usted decir si me voy á morir aquí de hambre?

LOR. ¡Ah!

MARIA. Tome usted la llave; abra usted la puerta á su esposa. Hija mia, cuando se me pidan cuentas del encargo que se me ha confiado para vigilarte, yo diré que para el corazon no hay prohibiciones, y que tu papá y el señor don Paco son unos alcornoques.

PACO. Muchas gracias, señora.

FED. Tio! Me debe usted una libra de dulces. Los dulces de mi boda.

PACO. Los traia prevenidos para que tú los pagaras. (Sacando el cartucho.)

FED. ¡Pues los pagará usted!

PACO. ¿Por qué?

FED. Porque mi novia se casa con Lorenzo, y yo con esta buena moza.

PACO. Qué escándalo! Esto no pasaba en mis tiempos.

FED. En sus tiempos de usted sucedia lo mismo que ahora.

PACO. ¡Qué iniquidad!

MARIA. La iniquidad es pretender torcer las inclinaciones del corazon humano.

(Al público.)

Viuda de verdes años
y poco juicio,
casi siempre está al borde
del precipicio;
que el hombre ¡aleve!
en viéndola á una sola
siempre se atreve.

—

Sola, y triste y aislada,
cual hubo pocas,
no pensé yo arrancarme
las blancas tocas;

pero una noche
me dijo un eco amante
muy *sotto voce*:

—

Mi corazon es cera,
tus ojos soles,
cada vez que me miras
me descompones;
cuerpo bonito,
mírame y no me toques
que me derrito.

—

¡Ponga usté á una cristiana
en tal aprieto,
y póngala usté á tiro
de este sujeto...
y á no ser sorda
le digo á usted que es caso
de armar la gorda!

—

Viudas de veinte á treinta
que sentís mucho,
yo os ofrezco los dulces
del cucurucho.
Seguid la moda,
y así os gusten los *Dulces
de nuestra boda*!

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.....	Comedia en cuatro actos en prosa.
La mujer de Ulises. (Tercera edicion.)............	En un acto en verso.
La tertulia de confianza.	En tres actos en verso.
El jóven Telémaco. (Cuarta edicion.)...............	Zarzuela en dos actos en verso.
Un jóven audaz..........	Juguete en un acto en verso.
El amor constipado......	En un acto en verso.
El vecino de enfrente. (Segunda edicion.)..........	En un acto en verso.
La suegra del diablo....	Zarzuela en tres actos en verso.
Pablo y Virginia........	Zarzuela en dos actos en verso.
Los novios de Teruel.....	Zarzuela en dos actos en verso.
Los caballeros de la tortuga.................	Zarzuela en tres actos en verso.
El oro y el moro.......	Comedia en un acto, en verso.
Los progresos del amor..	Zarzuela en tres cuadros, en verso.
La señora del cuarto bajo.	Pasillo cómico, en un acto y en verso.
El pañuelo blanco. (Segunda edicion.)............	Comedia en tres actos en prosa.
No la hagas y no la temas.	Proverbio en dos actos en prosa.
La mosca blanca.........	Comedia en tres actos, en prosa.
Los dulces de la boda...	Comedia en tres actos, en prosa.
La rubia...............	Comedia en un acto en prosa.

